

BIOGRAFÍA.

Después de trascurrido tanto tiempo de la muerte del poeta, renovemos el dolor y las lágrimas, escribiendo algunas palabras al frente de este libro, que es como el testamento de su genio. Confieso que no acierto á empezar, pues la amarga pena que me embarga, no deja espacio alguno al pensamiento. Algunas lágrimas, algún gemido de profundísimo dolor, serán más elocuentes que todas las palabras de los hombres. Sentir, callar, hé aquí lo único que se me ocurre en el momento de recoger y guardar en este libro las flores que se han caído de la corona del poeta, las flores que empezaban á dar testimonio de la primavera de su vida. El dolor no tiene palabras; es mudo como el abismo de la eternidad. Analizarlo con la pluma equivale á buscar con el escalpelo el corazón humano. Lo encontraréis, sí; pero lo encontraréis muerto. Yo, si me dejara llevar de mi corazón, vertería un mar de lágrimas, y arrojaría la pluma.

Y sin embargo, precisa escribir la historia de una vida de veinte y cuatro años, en que apenas se levantaron la esperanza, el amor, la gloria, cuando fueron á dar en la muerte. ¡Una vida! No la hay, no, en el desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor que dura un día; la vida de la golondrina que os anuncia la primavera, y anida un instante en vuestro techo, y se vuelve cantando con sus hijuelos á otras regiones,

porque no puede ver la muerte de la naturaleza bajo el sudario del aterido invierno. Soñó, amó, cantó, murió. Hé aquí la vida del joven que lloramos. Fué como una de esas ilusiones de la juventud, como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura infefable, de gloria sin mancilla, que nos prometen los primeros días de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente á nueva vida; y que se pierden y se desvanecen al tocarlas, como se tronchan entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos. Y esa vida tan breve, tan fugaz, ha dejado inmenso vacío en el mundo. Yo acabo de ver la ciudad natal del poeta; el sereno cielo que recogió su primera y su última mirada; los altos montes, titánicos como su genio, alzados á manera de una armadura de la tierra contra las furias del mar; las celestes olas en cuyos misteriosos ecos aprendió las cadencias de sus cánticos; y no he encontrado allí corazón alguno que no guardara dolor por su muerte, ni memoria que no tuviera recuerdo de su vida. Sus amigos me contaban, á cada paso que dábamos por aquellas playas, sus inspiraciones, sus poesías, que brotaban tan espontáneamente en su imaginación, como las flores en el campo. Sus maestros me recordaban las señales que de su genio privilegiado diera desde los primeros años. Los desgraciados que habia socorrido en los días de las grandes calamidades é infortunios, me hablaban de su corazón. Y su madre, ¡ah! su madre no me hablaba, no; lloraba en mi presencia á su hijo con todo el dolor de una madre. Y en el fondo de aquel río de lágrimas, vi un instante brillar la imagen querida del llorado amigo, coronada con todas sus virtudes.

¿Por qué habrá sido tan breve su vida? El inquieto pensamiento del hombre aspira siempre á escudriñar misterios que guarda la eternidad en sus insondables abismos. El eterno misterio es la muerte. Muchas veces, al contemplar el sepulcro de un niño que, del seno maternal, donde apenas ha sentido el calor de la vida, cae en el frío seno de la tierra, he levantado los ojos al cielo involuntariamente, como para

preguntar á Dios: «¿Por qué le creaste?» ¿Qué falta hacia en el mundo esa fugaz vida, que no ha dejado ni la huella que deja el insecto en el polvo? ¿Acaso, caprichoso como el hombre, se gozaria el Eterno en dar el aliento de la vida á las criaturas, tan sólo para estrellarlas contra la fría losa del sepulcro? Nacer para llorar y morir: ¡verdadera irrisión del destino! La flor que no ha roto su capullo, la mariposa que no ha sacudido su larva, el niño que no ha sentido la vida, ¿por qué morirán? Si no tenían destino que cumplir en el mundo, ¿por qué crearlos? O ¿es acaso que sobre los soles, sobre los planetas, sobre el hervidero de la vida universal, tiene abiertas sus negras fauces la muerte, y es necesario crear seres destinados sólo á calmar su hambre, para que no devore todo el universo? Y si verdaderamente es incomprendible la muerte del niño, en cuya alma no se ha despertado el ideal de la vida, aún es más incomprendible la muerte del joven que tiene conciencia de su ser, que ha entrevisto su destino, que ha sentido la luz de un ideal misterioso derramarse por toda su alma, que lleva una gran idea en su frente, una sonora lira en sus manos, y cuando apenas ha comenzado á expresar esa idea, á sonar esa lira, se apaga su ser, y pasa como una sombra el que parecia destinado á llenar y embellecer nuestra vida, á dejar el resplandor de su alma en las páginas de la historia. Ideas, amores, genio, esperanzas, carácter, palabra, todo ha sido puesto en él tan sólo para encerrarlo en un sepulcro. ¡Verdadera desesperación! Aunque golpeemos en las piedras del sepulcro, no responderá la voz de su genio; aunque removamos las cenizas de su cadáver, no se levantará la centella de su vida.

¡Ah! Olvidamos, cuando la muerte nos apena, que la muerte es tan sólo una apariencia. La voz de Dios nos dice que el hombre es inmortal, y que en el sepulcro no ha dejado más que los despojos de su vida terrena, como el guerrero que se descinó su armadura despues de un combate. La personalidad humana, que se levanta en la cima de la creación, como el punto luminoso donde se confunden la naturaleza y

x

el espíritu, subsiste después de la muerte. La idea, la inspiración, todo lo que es infinito, es inmortal. No ha dado Dios á nuestro espíritu esta sed inextinguible de lo eterno, para burlarla siempre. No nos ha dado esta idea de la inmortalidad, para que no tenga realidad alguna. Si el espíritu, la gran unidad de nuestra vida, no fuera perenne, el universo sería una obra sin ningún sentido, la obra de un genio delirante, que habría llenado los espacios de sombras. En la misma naturaleza, la sustancia subsiste, la forma varía. Y el espíritu ¿había de morir? No, no. Los planetas no son sarcófagos que arrastran montones infinitos de muertos en su carrera; son globos luminosos, desde los cuales abren sus alas etéreas los espíritus, para volar á otras regiones más limpias y serenas. El poeta no muere, como no muere su creación. El poeta no se extingue, como no se extingue su cántico. Es una blasfemia el preguntar á Dios por qué se ha apagado tan pronto la vida del niño, la vida del joven, cuando esa vida ha tomado más intensidad, más luz, subiendo como una llama vivísima á los cielos, y dejando sólo en tinieblas el empedernido materialismo de los que creen que toda vida termina en el sepulcro.

Sin duda alguna los hombres llegan á imaginarse, en su desvarío, que la mayor dicha es vivir. Por vivir nos afanamos en trabajos continuos; por vivir consumimos nuestras fuerzas y gastamos nuestra inteligencia. Tras la vida andamos desalados, porque creemos que en el fondo de la vida se encuentra la felicidad. Y ese joven que ha roto las cuerdas de su lira, que ha plegado las alas de su imaginación, que ha dado un adiós eterno á sus amores, á sus amistades, á la fugaz vida terrena, ¿con cuántas ilusiones habrá muerto, que acaso no tuviera, á haber pasado más tiempo en este bajo mundo? Morir creyendo en la amistad, en el amor, en la gloria, en un porvenir de dichas y de triunfos; morir creyendo que los aplausos del mundo valen algo; morir imaginando que los laureles florecen eternamente, sin dejar ni una gota de ponzoña en las sienes; morir en esos instantes en que la virgen del

xi

primer amor sonríe en los cielos, y nos promete eterna dicha, y nos jura fidelidad eterna, y llena de encantos con su aliento impregnado de aromas todo nuestro ser; morir sobre esta almohada de flores, donde no ha crecido ni una espina, cuando tantos sueños revolotean alegres en torno de la frente que guarda un poema de amores y de esperanzas; morir de esta suerte es vivir, es cuando ménos no haber gustado más que la dulce miel de la vida. Cuente, cuente cada uno los días amargos, las horas de insomnio, los desencantos, los desengaños, las espinas que se le han clavado en su camino, los pedazos del corazón que ha ido dejando por todas partes, la hiel que ha bebido á grandes tragos; y diga luego en presencia de uno de esos sepulcros de los jóvenes, de los niños, sobre los cuales sólo se nos ocurre deshojar algunas flores, diga ¿con cuánta razón creían los antiguos que los malogrados eran los elegidos de los dioses! ¿con cuánta verdad ve levantarse la religión una vida de eterna bienandanza, del seno del pequeño ataúd que guarda á un niño!

Historiemos, pues, la vida del poeta. Había nacido en las regiones meridionales de España. Con sólo leer tres ó cuatro versos suyos, nos convenceremos de que no desmentía el lugar de su nacimiento. Así como el poeta del Norte tiene algo en su fantasía de las nieblas de su patria, el poeta del Mediodía tiene algo de la claridad de su cielo, de los cambiantes de su luz; y su imaginación, como sus torrentes, ya aparece seca y arenosa, ya se despeña desordenada y bravía, arrastrándolo todo en su impetuosa carrera. El poeta del Norte es el poeta del alma; el poeta del Mediodía es el poeta de la naturaleza. El poeta del Norte tiene que replegarse en sí mismo, en su conciencia, para cantar, como el ruiseñor que sólo entona sus gorjeos en la oscuridad de su enramada; y el poeta del Mediodía, como la alondra, necesita la clara luz y el inmenso cielo para volar y cantar. Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiración vaga y tenebrosa; en tanto que los poetas del Mediodía son los

poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérbolas. Mas en nuestro tiempo, en que la idea de humanidad va levantándose sobre la idea de raza, y en que el arte ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo, el poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía; el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo. Ahí teneis á Schiller y á Manzoni. El poeta que lloramos, venido á la vida del arte con el pensamiento de su siglo, siendo, como hemos dicho, un poeta esencialmente meridional, aspiraba tambien á esa idealidad vaga, á esa soñolencia magnética del espíritu, que tantos encantos da al arte en los países del Norte. Su oda *El Genio* dirá siempre que consiguió realizar este ideal de su vida, y que hubiera caminado gloriosamente en pos de esta luminosa estrella de su espíritu.

Pero si la region de su nacimiento se conoce en su genio, por esas misteriosísimas relaciones que hay entre la naturaleza y el espíritu, su ciudad natal se veia reflejada en su carácter, por esas relaciones ocultas que hay entre nuestra índole y la índole de la sociedad en que vivimos. Cartagena es una de las ciudades más cultas de España. Hay allí algo más de admirar que su seguro puerto, sus magníficos arsenales, su coraza de formidables fuertes; y es el carácter hospitalario, dulce, bondadoso de sus habitantes. La amistad, ó no es allí, ó es entusiasta. La caridad es la virtud por excelencia de la poblacion entera. He recorrido algunas de nuestras provincias; he visto las hermosas campiñas en que la vida de la naturaleza se ostenta con todos sus matices; he contemplado los grandes monumentos en que nuestros padres, aquella raza de gigantes que sojuzgó la tierra, dejara indeleblemente impresa la huella de su carácter; y nada me ha movido á tan dulces ó tan consoladores pensamientos, como aquel hospital de Caridad de Cartagena, obra de un pobre, de un soldado, mantenido hoy como un rico palacio alzado á la desgracia por una poblacion entera, que tiene en aquel hospital su más glorioso timbre. La cultura, la franqueza, la liberalidad,

la virtud heroica de la caridad, son los rasgos distintivos de Cartagena, y eran tambien los rasgos distintivos del carácter de MONROY. Blando, cariñoso, tenía el culto de todas las grandes pasiones que ennoblecen la vida. Como hijo, hablaba siempre de su madre con la elocuencia del corazon, y le mostraba su amor imitando sus virtudes. Como amigo, era un modelo de abnegacion, de entusiasmo. Como hombre, se hubiera sacrificado mil veces por el bien y por la libertad de los hombres. Como poeta, jamas consagró su lira al poderoso, jamas cantó á los tiranos que llenan de brillantes crímenes, pero de crímenes al fin, las páginas de la historia: su númen fué siempre la justicia. Las alas de su imaginacion no se abrian sobre los sepulcros para levantar de la huesa torbellinos de las cenizas de los muertos, sino que iban á rozar los párpados del desgraciado para enjugar sus lágrimas, y á sacudir una esperanza consoladora en el pecho de los oprimidos. Así la poesía en él no era solamente un arte, era una moral; sus inspiraciones no eran solamente las ideas, eran tambien la accion. Exento de envidias, de bajas y ruines pasiones, do quiera estuviese el mérito, allí estaba su aplauso; do quiera la libertad y la justicia, allí su corazon y su conciencia: por eso todavía dura y durará mucho tiempo el dolor catsado por su muerte; que sólo á las grandes almas concede Dios el premio de verse desde la eternidad tan lloradas en el mundo.

Bien es verdad que á esta delicadeza del carácter de MONROY habian contribuido poderosamente la educacion y los desvelos de su familia. Su madre lo ha tenido estrechado contra su corazon desde la cuna hasta el sepulcro. Su madre le enseñó el primer albor de la idea de Dios que amaneciera en su conciencia, y recogió la última oracion que, envuelta en el último suspiro, se exhalára de sus labios. Y el alma de una madre tierna, cariñosa, virtuosísima, se refleja en el alma de su hijo como el cielo en el mar. ¿Dónde hay una mirada en la tierra que se parezca á la mirada de amor de una madre? ¿Dónde hay una música semejante al cantar melancólico, plañidero, con que una madre

arrulla nuestro sueño y mece nuestra cuna? ¿Qué elocuencia podrá compararse á su elocuencia, cuando nos habla del cielo, de Dios, de las infinitas esperanzas, de los eternos amores, de la inmortalidad del alma? ¿Qué desvelos podrán compararse á los suyos, que descubren y adivinan las tempestades del alma en los ojos de sus hijos, y les señalan los escollos, y les muestran el norte celeste que nos ha de preservar de morir arrastrados en el amargo oleaje de nuestras pasiones? ¡Oh! Siempre que MONROY alcanzaba una gran idea, siempre que hacía una buena obra, mil veces me lo ha dicho, veía aparecer á su lado su ángel custodio, la imagen de su madre.

Concluida esta primera educacion, la educacion del sentimiento, pasó á seguir sus estudios en el Instituto de Murcia. No podríamos continuar este escrito sin decir que el padre político de MONROY era tan solícito, tan amante de su hijo, que MONROY nunca se pudo reconocer huérfano. La naturaleza no hubiera podido dar á MONROY un padre más cariñoso. Así es, que viéndose rodeado de una familia tan amante y tierna, crecía la delicadeza, la ternura de su carácter. La virtud que trae el jóven consigo en su propia índole, crece, cuando el amor la fecunda, el amor, que es como el rocío del cielo. En el Instituto comenzó á mostrar nuestro llorado amigo la vocacion interior de su genio, su númen de poeta. Sabido es que Dios nos da inclinaciones en armonía con el fin último que nos reserva en el plan de su providencia, en el tejido maravilloso de la historia. El hombre puede contrariar esas inclinaciones, desoir esas voces misteriosas de su destino; porque el hombre es libre, y dueño por consecuencia de ser causa principal en la direccion de su vida. Pero no se desoye nunca impunemente ese aviso de Dios que se llama inclinacion; no se desoye nunca, sino á costa de nuestra felicidad. MONROY no podia engañarse: era poeta. Y como poeta, si bien estudiaba todas las materias de enseñanza con sin igual brillo y aprovechamiento, las estudiaba para transformarlas en el horno de su encendida imaginacion. El problema de las rela-

ciones del espíritu con la naturaleza, que es el tormento de la Filosofía, se resuelve instintivamente por el arte.

El poeta ve en su conciencia el cielo, en sus ideas los astros, en sus grandes inspiraciones las flores, en su dolor la tempestad, en sus amores la armonía universal, en el mundo de su conciencia la naturaleza, el universo; y á su vez ve en ese mundo exterior, que parece condenado á la fatalidad, á la insensibilidad, su espíritu, que se refleja en los seres que cruzan los espacios como ideas vivas, en las oraciones que levantan al Creador todas las cosas, desde el lago que duerme en el hondo valle y la flor que se esconde entre la menuda yerba, hasta la alondra que entona el cántico matutino y el águila que abre sus alas en lo infinito; porque la naturaleza y el espíritu en la poesía son como el astro y el éter, como el color y la luz, como la rosa y su aroma, como el cuerpo y el alma, una eterna, una misteriosa armonía. Así es que MONROY, en sus estudios de Psicología, de Física, de Historia natural, encontraba medios de abrillantar su imaginacion y perfeccionar el sentido artístico de que pródiga le dotara naturaleza. Con sólo abrir sus poesías, se echa de ver que ha comprendido que el destino del poeta es confundir, compenetrar la naturaleza y el espíritu, para elevarlos despues á Dios; que el arte, como la ciencia, es un divino sacerdocio. Estas inclinaciones naturales de su carácter y de su genio debian hallar en Madrid mayor espacio. Nada hay más triste que la oscuridad en una córte, y nada más difícil que abrirse paso entre las gentes. Hay algo más desolado que el desierto y sus abrasadas arenas, y es el aspecto de estas populosísimas ciudades, donde vemos pasar millares de personas que no conocemos, que no se interesan por nuestra suerte, que cruzan un instante á nuestro lado, y que acaso no volvemos á ver jamas en toda nuestra vida. Y es más triste aún esto para el jóven que siente su conciencia habitada por el genio, y que quisiera mostrar á cada transeunte la llama en que se abrasa. La gloria podrá ser vana, los aplausos, un poco de ruido, que se borra en las ondulaciones del

viento; pero ¡ay del poeta que desdén la gloria, y no siente palpar su pecho al ruido del aplauso! Nuestro amigo padeció poco ciertamente esa soledad que tanto acongoja el ánimo de un verdadero poeta. Tenía amigos que le amaban, amigos que no sentían el aguijón de la envidia en sus corazones, amigos que le querían más que él se quería á sí mismo. Estos amigos publicaron su oda *El Genio*, que no era en realidad más que la primera explosion de un gran genio, el cráter de una grande inspiracion, que se abría para asombrarnos á todos. Yo recuerdo que no conocía á Monroy cuando leí aquella oda, y que le pregunté á él mismo quién era su autor, y que desde aquel punto fuimos amigos, sin que hayamos podido darnos más pruebas de amistad que aquella que hemos confiado á la muerte; porque él cantó en versos inmortales la muerte de mi madre, y yo, en pobre y desaliñada prosa, no hago más que trazar aquí un prolongado sollozo por la muerte de mi amigo: ¡triste amistad, cuyos dos monumentos son dos tumbas!

No me toca á mí hablar del mérito literario de las poesías de Monroy. El autor de *Los Amantes de Teruel* dirá sobre el mérito de las poesías que publicamos, todo cuanto le dicte su luminoso criterio y su delicado gusto. Pero á Monroy no se le puede juzgar por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo. La muerte se ha tragado un poeta, y tal vez el poema del siglo xix. En esas conversaciones íntimas, amistosas, en que confiamos á nuestros amigos todos los dolores que nos atenacean el alma, todas las esperanzas que nos sonrién dulcemente en el cielo de la vida, el malogrado me hablaba de las nobles aspiraciones de su genio. Y en verdad, no podían ser más grandes. Corre como vulgar preocupacion que no es posible la poesía en este siglo, tan dado al culto de la naturaleza y al ejercicio de la industria. Sin embargo, á medida que el hombre domina más la creacion, y la ve más encadenada á su voluntad, se eleva á un mundo superior de poesía. La creacion es el poema de los pueblos primitivos, cuya fantasía, niña, no ha

volado aún del nido de la naturaleza. Pero así que el hombre siente que hay algo más allá del mundo material, sí, algo que comienza donde el espacio y el tiempo concluyen, algo que es libre, que es eterno, que posee la idea de lo infinito, que lleva en sí la medida de todas las cosas, el espíritu, en una palabra, nace el gran arte. ¿Qué es Homero, sino el Sócrates de la poesía, que convierte los dioses, en cuya presencia temblaban los hombres, en reflejos del humano espíritu? Los grandes siglos naturalistas engendran siglos de poesía. El siglo xiv, el siglo de la pólvora, fué el siglo de Petrarca. El siglo xvi, el siglo del telescopio, es el siglo de Miguel Angel, de Shakespeare y de Cervantes. El siglo xix, el siglo del vapor y de la electricidad, es el siglo de Rossini, de Byron, de Goethe, de Víctor Hugo. El espíritu que comprende la naturaleza, y ha deletreado sus jeroglíficos, y ha descompuesto el agua y el aire en sus más sencillos elementos, y ha encadenado el rayo, y ha anotado con su matemática sublime las armonías de las esferas, la música de los orbes, el eterno *hossanna* de la creacion; el espíritu necesita lanzar sobre ese mundo de maravillas y de milagros otro mundo mejor, si el arte ha de cumplir su fin de hermosear y perfeccionar la naturaleza. Lo que nos mata, lo que nos hace indignos del nombre de nuestros mayores, lo que nos debilita, lo que convierte á los poetas en hijos espúreos de aquellos titanes que se llaman Lope, Calderon, Cervantes, sin duda alguna es la imitacion servil de la naturaleza, la copia descarnada de la sociedad, el grosero materialismo sustituyendo á la idealidad levantada y sublime, que ha sido siempre el númen de la poesía; la apoteosis de lo vulgar, de lo prosáico; el teatro reducido á máquina fotográfica; la lírica, pálido remedo de la forma clásica de los grandes maestros, pero sin ninguna de sus ideas, porque el siglo no lo consiente; el abandono de la poesía épica; el criminal olvido de los dolores trágicos, que han sido los únicos capaces de engendrar esa gloriosa dinastía de mártires que arranca en Prometeo y en Edipo, y concluye en Manfredo y en Fausto, pasando por Se-

gismundo y por Hamlet; en fin, el realismo, que hace del poeta el vil cortesano de la sociedad, cuando debiera ser su ángel, es decir, su guía; y el espíritu reaccionario, que convierte la imaginación del poeta en el ave nocturna de los sepulcros, de los panteones, de las tinieblas, cuando Dios le ha dado alas y cánticos y mirada penetrante y audaz, para que nos anuncie la alborada de los nuevos días del espíritu. Si hay algún siglo verdaderamente épico, es el gran siglo XIX, en que el hombre se siente uno por su naturaleza con toda la creación, uno por su espíritu con toda la humanidad; en que nos interesa desde la historia de los átomos que componen nuestro globo, y por consiguiente, nuestro cuerpo, hasta la historia de las generaciones que han ido formando las ideas que iluminan nuestra conciencia; siglo de síntesis, siglo en que la humanidad ha llegado á tener la conciencia de toda su vida, siglo que está esperando aún el poeta dichoso que escriba su poema, y lo grabe con caracteres de fuego en su inmortal historia. Pero el poeta ha de ser hijo del siglo, ha de tener la conciencia de su idea, ha de trabajar porque se realice esa ley del derecho, en cuya virtud puede asegurarse que caerán todas las cadenas, y será segunda vez creado el hombre. Entonces entonarán los poetas el cántico de la libertad, serán la voz del siglo XIX y los profetas de los tiempos que á más andar vienen sobre nosotros, y merecerán el laurel de la inmortalidad. Estas eran las ideas que inspiraban á MONROY cuando escribía su oda *A Italia*, su canción *El Proscrito*; cuando, esgrimiendo las armas de la crítica, hablaba en el Ateneo por la renovación literaria, y en la sociedad libre-cambista por el triunfo del derecho, por la destrucción de todos esos límites, obra de la tiranía, levantados para no dejar espaciarse al océano de nuestro espíritu en lo infinito, que Dios le ha señalado como su dominio.

Pero no sólo pensaba MONROY; ponía por obra sus pensamientos. En él la acción acompañaba siempre á la idea. No era uno de esos caracteres que sueñan y pasan la vida soñando; era una de esas volunta-

des enérgicas que obran, y se gozan en ver la idea tomando forma en la realidad de la vida. Deseaba su grande alma el triunfo del derecho, la libertad en su plenitud, con todas sus consecuencias, y, unido á los que deseaban lo mismo, trabajaba con ellos. Creía en las reformas económicas, en la libertad del trabajo, del crédito, del comercio, y no se satisfacía con predicarlas; fundaba asociaciones numerosas y fuertes para llevar esas ideas á la mente del pueblo, y lograr su triunfo de nuestros remisos gobiernos. Veía alguna obra de utilidad pública, como el ferro-carril de Cartagena á Albacete, que debe ser la vida de su provincia, y escribía y trabajaba, ansioso de que se abriera tan grande manantial de riqueza para su patria. Sobrevenía una calamidad. El cólera diezaba á Cartagena. La muerte acababa innumerables amigos suyos. El sepulcro abría sus negras fauces, como para devorar una población entera. En tan congojosos momentos no se daba punto de reposo: llegábase al lecho del enfermo, y le curaba como un médico; corría al lado del agonizante, y le consolaba como un sacerdote; tomaba entre sus manos el frío cadáver, y lo amortajaba como un enterrador; héroe de la caridad, poeta, no sólo en sus ideas, sino en sus acciones; jóven generoso, que á un gran sentido estético unía un gran sentido moral, en quien el bien y el arte no se divorciaban nunca, siendo la poesía, no sólo la idea de su mente, sino el amor de su corazón, y el númen de todas sus acciones, y la esplendente luz de toda su vida.

Un alma tan grande ¡ay! debía consumir el cuerpo que la llevaba, como la luz demasiado viva quiebra el cristal que la contiene. Ha muerto devorado por su pensamiento, calcinado por el fuego de su inspiración. Su poesía, como el rayo, le iluminaba y le mataba también. Débil por naturaleza, no podía sufrir ni el hervor de sus ideas, ni esa lucha gigante de las primeras pasiones del jóven, que consumen la vida. Su cuerpo se doblaba hácia la tierra, agitado por su espíritu, como la débil caña tronchada por el viento. Había un desequilibrio sensible, manifiesto, entre su naturaleza y su genio, que traía el des-

equilibrio entre su sangre y sus nervios. Pobre aquella, agitados y trémulos éstos, como las cuerdas de una lira que ha sonado mucho, enfermo, agonizante, cantaba. No parecía sino que era como una de esas aves canoras, sin más fin que vivir y morir cantando. Destrozáronse su garganta y su pecho. Yo le ví en los últimos días de su enfermedad. No tenía la ilusión y la esperanza de vivir, que suele acompañar á la calentura de ciertas terribles enfermedades. Veía llegar la muerte, acercársele á abrazarlo, y la esperaba sereno. Sólo una lágrima se asomaba á sus ojos cuando traía á la memoria sus amores, sus amigos, su madre. No sentía la muerte por sí; la sentía por todos los que amaba. Más que por su dolor, temblaba por el dolor de las prendas de su corazón. La inmortalidad de su alma, la perennidad de su sér eran creencias vivas en aquel religioso corazón de poeta. Cuando me despedí de él, «nos volverémos á ver», decía, y miraba al cielo. Poco á poco llegó la agonía. Cuando las hojas palidecen y caen, cuando las flores mueren, cuando las golondrinas se van, cuando el ruiseñor calla, murió el poeta. Su vida fué como una mañana de primavera, su muerte como una tarde de otoño. La agonía tuvo la solemnidad, la religiosidad que requieren los últimos instantes de toda vida, esos últimos instantes, que son como el breve epílogo en que aparecen á los apagados ojos todas las ideas y todas las obras de que debemos responder ante Dios. Cumplidos sus deberes cristianos, quiso ver el cielo, como si anhelara medir el espacio que iba á surcar su alma.

Levantóse del lecho en brazos de su madre, se acercó á una ventana y miró á lo infinito. El cielo brillaba con claridad no usada, y las estrellas resplandecían como si quisieran llevar su luz hasta el alma del moribundo. Al ver tanta hermosura, tanta luz, sintió á Dios, y se dispuso á morir en su esperanza. Pero buscaba algo en aquella noche, buscaba un recuerdo de la niñez, una lámpara que ardía en la calle ante la imágen de la Virgen. La encontró, y sus ojos casi apagados brillaron como si tuvieran la luz de los primeros años. La lámpara y

las estrellas, el recuerdo de ayer, nacido de la trémula luz, y la esperanza de mañana, iluminada por miriadas de astros; la cuna con sus flores, con su poesía, y la eternidad con su infinita grandeza; la vida y la muerte, la inocencia y la juventud, la fe y la razón; todo cuanto había creído, y esperado y amado, brilló á su vista; y despues de haber saludado la vida que se iba y la muerte que venía, se dejó caer sobre su cama, miró las personas queridas que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre el pecho, y murió tranquilo y resignado, en la seguridad de que su sepulcro no había de ser más que la cuna de su nueva eterna vida. ¿Deberemos decir todo el dolor que causó tan triste muerte? Pero ¿quién podría hablar de ese dolor, cuando todavía lo publican las lágrimas de una madre? Cartagena entera fué llorando á dar tierra á su cadáver. Ya ha pasado el tiempo que basta para matar muchos dolores y muchos recuerdos; y todavía no se ha extinguido el sollozo continuo y amarguísimo que llora su muerte. Sus restos duermen en paz en su sepulcro, donde no falta nunca una corona de siemprevivas. Yo no lo he visitado. Ningun signo material, ni una lápida ni una inscripción me recuerdan los seres queridos con tanta viveza como mis tristes memorias. Hubo un tiempo en que me olvidé de la muerte. Imaginaba que era imposible que la muerte hiriera en mi presencia tantos seres amados, sin herirme á mí mismo. Creía locamente que no podría sobrevivir á tan grandes dolores. He visto morir á mi madre, á muchos queridos amigos, desvanecerse ilusiones y esperanzas que eran la luz de mi vida, y vivo todavía. Pero mi corazón es como una gran tumba, donde ha penetrado el presentimiento de la muerte. Con ejemplos como los del poeta cuya breve vida acabo de escribir, se fortifica el ánimo, y aprende á estar apercibido para el instante supremo en que sea necesario pasar de esta vida. Miradlo. Joven, casi un niño, amado, lleno de gloria, de esperanzas, rodeado de amigos, que le querían como á un hermano... con su madre al lado, cuyo corazón debía ser como un escudo que le preservara de la muer-

te; seguido de los aplausos del mundo; teniendo la lira en las manos, la inspiracion en la mente, el amor en el corazon, el afan de pelear en su deseo, la felicidad en su porvenir; cuando la vida le llamaba con tantos encantos, cuando le sonreia el amor con tantas venturas, cuando no se habia clavado ni una siquiera de las agudas espinas de la tierra; y llevaba una corona de flores en sus sienes, agitadas por grandes pensamientos... se despide de nosotros, muere... sin duda porque Dios, que lo habia dotado con tantas perfecciones, ha querido que volara por otras más esplendidas regiones, creyendo indigno á este bajo mundo de poseer su amor y su poesía.

EMILIO CASTELAR.

POESÍAS.